



**La
ilusión
de otra
cosa**

Ariel
Halac

Calligraf

La ilusión de otra cosa

Ariel Halac

Edicions Cal·lígraf

Figueres, 2019

Primera edición — abril 2019

Publicación

Edicions Cal·lígraf, SL

Monturiol, 2, 1r 1a

17600 Figueres

Tel. (0034) 615 261 764

www.edicionscalligraf.com

info@edicionscalligraf.com

Diseño de la colección**y maquetación**

Jaime Vicente

Ilustración de cubierta

Dani Torrent

Corrección

Eva Muñoz

Impresión

DC PLUS,

Serveis Editorials

ISBN

978-84-120151-0-2

Depósito legal

GI 487-2019

© del texto

Ariel Halac Noher

© de esta edición

Edicions Cal·lígraf, SL

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático. Las infracciones de estos derechos están sometidas a las sanciones establecidas en las leyes.

Dedicado a

Andrea, compañera de viajes.

Marco, Mateo y Zoe, inspiración para todo.

Herminio, dondequiera que esté.

Gastón Sironi, que leyó una versión y me animó a seguir.

Jaume Torrent, lector y fabulador empedernido.

Los personajes y lugares que aparecen en este relato pertenecen a la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

El huracán Irma

El peor desastre jamás vivido en Miami tiene nombre de mujer: Irma. En setiembre de 2004, Charley y Frances azotaron las costas de Florida con pocos días de diferencia. Ni siquiera entonces el descalabro se apoderó del alma de la ciudad de la manera devastadora en que lo logró ese huracán de setiembre del 2017.

La dimensión del caos que había desatado Irma la percibí en el aeropuerto de Girona en octubre pasado. Estaba tomando un vuelo a París y Flanagan, un ex compañero del Belgrano, me envió un *whatsapp*, cuando estaba a punto de embarcar.

—Halac, ¿vos viviste en Miami no?

—Sí, hace mil años ¿por?

—¿Lo conocés al Pipoka?

—No tengo el gusto ¿quién es?

Flanagan dejó de escribir y grabó un largo mensaje de voz. No alcancé a contestarlo mientras hacía la cola para entregar la tarjeta de embarque.

—El Pipoka es un *dj* cordobés que trabaja en Bar-

celona. El loco se hizo un nombre en Ibiza. La noche lo quemó, se compró un velero de dieciocho pies con un plan de escape: dar la vuelta al mundo. Hace un mes cruzó el Atlántico. Recaló en Miami y quería seguir hacia el sur. Justo en esos días pasó el huracán Irma y se llevó el barco, anclado en el puerto de Coral Gables, a la mierda. El velero cayó sobre el techo de una mansión en Boca Ratón. El Pipoka tiene que lidiar con seguros, grúas, logística, pleitos. No conoce a nadie en Miami ¿se te ocurre alguien que le pueda echar una mano?

En el vuelo de Ryanair, mientras consumía el miserable aperitivo que venden las azafatas a precio de oro, se me ocurrió la solución: Arnold Rosenzweig, el abogado que me había tramitado una H1B, la visa para profesionales que ahora Trump había eliminado por completo. Lo llamé a Flanagan apenas tuve señal en el aeropuerto de Beauvais.

—Hace tiempo que tengo ganas de volver a Miami, Flanagan. Si el Pipoka se juega con el viaje lo ayudamos a sacar ese barco a flote, ¿qué te parece?

Una semana más tarde intentábamos, con Flanagan y Pipoka, atravesar lo que quedaba de Brickell, la fastuosa avenida financiera donde se cocían los negocios de Miami y de todo el hemisferio sur: nada. Una corriente espesa y gris arrastraba trozos de viviendas, vehículos, árboles, basura, ropa, electrodomésticos. La riada, que no tenía nada que ver con la suave tonalidad atlántica que caracteriza a Miami Beach, echaba a los habitantes de sus casas y cruzaba la ciudad a su antojo.

Desde nuestra habitación sacudida por el viento, el paisaje era el océano oscuro que descargaba su fu-

ria sobre la arena roída de la playa Cuatro. El Sunshine Paradise, un pequeño hotel sobre Ocean Drive, conservaba una calma precaria. Cada tanto se cortaba la luz y quedaban interrumpidos los servicios. Bajo el barro y el agua que inundaba el vestíbulo, el ambiente podía definirse como *art decó* en decadencia.

Llegar a Boca Ratón desde el hotel fue una odisea tremendamente cara. Un taxista nos cobró cuatrocientos dólares por cruzar lo que quedaba de la Autopista Uno, la 826, North Miami Road y la Avenida Fort Lauderdale. Entre las vías laterales de las carreteras inundadas había barcos colgados de los árboles. Por las calles flotaban tablones de casas destruidas, piezas de jardín, televisores, sofás, placares, ropa, papeles y toda clase de objetos personales. Flanagan, Pipoka y yo compartíamos el paisaje macabro en silencio: mega-yates destruidos, casas atravesadas por el agua espesa como si fuesen chabolas, centros comerciales abandonados que parecían enormes tumbas. El taxista llevaba un turbante sij y no nos dirigió la palabra en todo el viaje.

—Es un apocalipsis zombi, Halac —alcanzó a decir Flanagan en las siete espesas horas que llevó la travesía.

Arnold Rosenzweig nos atendió, afable, con la calva roja brillando por el estrés. El abogado había regresado a Boca Ratón apenas pasó el huracán. Se había instalado en un rincón de su inmensa mansión, por lo demás perdida para cualquier uso. Era un despacho provisorio, lleno de expedientes mojados. La familia Rosenzweig seguía evacuada mientras Arnold se dedicaba a dirimir pleitos de seguros, resolver asuntos administrativos en relación con el desastre de Irma y a gestio-

nar la salvación de su propio patrimonio. La catástrofe le estaba haciendo tanto bien a sus bolsillos como cualquier drama migratorio de la era Trump.

Por una cuantiosa suma que acordó con Pipoka, Rosenzweig accedió a encargarse del barco. El velero había aterrizado a una milla de su zona de acción habitual, en una avenida cercana, sobre el techo de una villa que daba a un canal. La enorme mansión había quedado completamente destruida. El abogado gestionó entrevistas con vecinos, medió con aseguradoras, hizo un inventario de daños propios y a terceros y se encargó del papeleo para poner la nave en el agua. Después de dos semanas de trámites, logró resolver a duras penas la situación. Poco se pudo rescatar del navío. El barco fue desguazado. Un seguro tuvo que pagar una indemnización a los propietarios de la mansión. Por culpa de Irma, el proyecto del Pipoka de cruzar los mares del mundo en velero se quedó varado en Miami.

Después de la última entrevista, Pipoka y Flanagan salieron a buscar señal de móvil para conseguir taxi de vuelta a Miami Beach, tarea nada fácil. Rosenzweig me pidió que me quedara en el despacho. Me invitó con un coñac que guardaba entre los expedientes mojados. Abrió un cajón y me entregó un manuscrito.

—Pensé que esto podía interesarte, Halac. Estos papeles me los entregaron unos oficiales de inmigración. Alejandro Mijan fue cliente mío en 2001. Me contó que iba al Belgrano, en Córdoba, como Flanagan y vos. ¿Te suena el nombre?

—La verdad, no recuerdo a ningún Mijan. —El coñac era fuerte, casi me atraganté—. ¿Qué es esto?

—Es un texto fragmentado. El estado de las páginas es lamentable. Las he puesto en folios para que las hojas no se terminen de destruir.

—¿Pero, qué le pasó a ese tipo?

—Alejandro Mijan estuvo quince años recluido en el Centro de Detenciones Krome. Cuando llegó Irma, los pantanos de los Everglades invadieron el oeste de Miami. El edificio quedó rodeado de cocodrilos. Los reclusos fueron desplazados a Texas y a Louisiana. Mijan escapó durante el traslado. Los guardias creen que logró llegar a los cayos. Quizás tenía la esperanza de cruzar a Cuba o a alguna isla del Caribe. Difícilmente puede haber sobrevivido. Irma tocó tierra en Key West y ahí fue donde causó la peor destrucción.

Leí el texto fragmentado de Mijan en el hotel. Lo compartí con mi amigo Juan Pablo Salas, periodista colombiano, al que fui a visitar en Kendall.

—Esto hay que publicarlo en Europa, Halac. Es un relato necesario compadre —Juan Pablo había sobrevivido en la selva colombiana en la época de las FARC y sabía lo que significaba la resiliencia, el huracán Irma no le producía ninguna preocupación.

Flanagan leyó algunas hojas en el avión de vuelta a Barcelona.

—Mijan... Tiene que ser uno de los que se habían ido a Miami en la época del corralito. ¿No te suena, Halac?

—Para nada —habíamos egresado hacía tiempo. En nuestra camada había muchos compañeros desvinculados, algunos desaparecidos

—¿Y Mantoro?

—Mantoro... el Langa... Creo que sé quién es: un rugbier pintón, una o dos camadas más grande que nosotros. ¿Te acordás? Un personaje legendario, se curtía todas las minas —Flanagan asintió vagamente.

—Esto hay que moverlo Halac. Si lográs que te publiquen este texto, hacemos una película con Leonardo Sbaraglia y nos forramos.

—Te diría que es una novela que habla de nosotros, de nuestra generación.

A dos semanas de haber llegado, lo llamé a mi editor. Nos citamos en Figueres.

—Torrent, quiero que leas esto. Me lo dieron en Miami —le entregué las hojas raídas—. Vas a tener que buscarle algún orden —le aclaré.

—El texto vale la pena —me dijo el lunes siguiente con su habitual estilo escueto. Se lo había devorado el fin de semana—. ¿Tienes alguna idea de cómo se podría presentar?

—Creo que se trata de un diario al que le faltan lapsos temporales. Con lo que hay, se podría adoptar un sentido cronológico y organizar una estructura circular. Algunos personajes son recurrentes y significativos. Tal vez habría que empezar por el final.

—Algunas hojas están en pésimo estado, no se pueden descifrar. La secuencia de la acción es incompleta. Faltan fechas, eventos intermedios, datos clave. Hay que buscarle el sentido a esto.

—Lo intentemos Torrent, me conformo con que alguien lo lea.

14 de agosto, 2003

Mi cuarenta cumpleaños termina aquí, en el Krome Detention Center. Nací el 14 de agosto de 1963. El astrólogo dice que soy Caballo de fuego: «Arrastra con vehemencia a los que quiere hacia sitios donde nadie quiere terminar, hasta producir un desastre». La predicción es acertada, soy la principal víctima de mí mismo. Me llamo Alejandro Mijan. Soy el Jorobadito, el séptimo loco. Acaban de identificarme detrás de un vidrio esmerilado los otros seis locos: el Astrólogo, el Peluquero, el Abogado, el Langa, el Prestamista y el Aviador.

Sasha, la Coja, mi mujer, me traicionó. Varios inmigrantes, incautos, narraron su historia en un libro que nunca va a existir: *La ilusión de otra cosa*. Ellos también me han denunciado.

He cometido crímenes no excarcelables. Por eso las autoridades de Inmigración no me deportarán a Córdoba, la ciudad donde nací y crecí, mientras dura la prisión preventiva. Me está vedado el camino de regreso a mis paisajes de infancia, a mis afectos, amigos,

parientes, sabores añorados. No me otorgan el triste privilegio de volver con las manos vacías, manchadas de errores y pecados.

No importa si creo o no en la historia que quiero contar. No importa por dónde empiece o por dónde termine. Más allá del descalabro migratorio, del corralito, de la caída de las Torres Gemelas, de la furia de los huracanes, de la locura consumista con ansiolíticos de Miami, anida El Doral. Un lugar al que llegan los desesperados en busca de salvación. Un espacio mítico y literario poblado de ilusión.

Soy Roberto Arlt, el Jorobadito, el séptimo loco. Resuena el tiempo alucinado de Uriburu e Yrigoyen en este relato sobre la misma Argentina de Discépolo, la del 2001. Como Borges, intento descifrar si Pierre Menard es el autor del Quijote o el Quijote mismo. Soy Alfred Döblin, el presidiario Biberkopf. Sucumbo en otro Berlín Alexanderplatz, junto a los pantanos plagados de cocodrilos de los Everglades, en mi propio Miami.

Los otros seis locos, junto con la Coja, un testigo hermano de la víctima y los inmigrantes estafados, me han denunciado y han desvelado quién soy. Lo único que me queda es mi identidad desenmascarada. Y eso es lo que me condena.